

Fray Alonso de Molina

*Arte de la lengua mexicana y castellana.*

*Compuesta por el muy reuerendo padre fray Alonso de Molina de la orden del señor Sant Francisco / Reproducción facsimilar del ejemplar conservado en la Colección Cervantina del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey*

Ascensión Hernández de León-Portilla (edición crítica, estudio introductorio, transliteración y notas)

Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Fideicomiso Felipe Teixidor y Montserrat Alfau de Teixidor/ Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey

2014

304 p.

Facsímil

(Serie Facsímiles de Lingüística y Filología Nahuas, 9)

ISBN 968-36-8512-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 9 de septiembre de 2016

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/arte\\_lengua/mexicana\\_castellana.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/arte_lengua/mexicana_castellana.html)

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

## ESTUDIO INTRODUCTORIO



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## PRIMERA PARTE: VIDA Y OBRA DE FRAY ALONSO DE MOLINA

Fray Alonso de Molina vino con sus padres, niño, a estas partes de la Nueva España, luego como se conquistó. Y como era de poca edad aprendió con facilidad la lengua de los indios mexicanos. Cuando empezaron los primeros doce padres a cultivar la viña del Señor les sirvió de intérprete y llegando a la edad, tomó el hábito y siempre fue creciendo en virtud y religión. Fue único en saber la lengua de los mexicanos en la que predicó con mucha suavidad y gracia cincuenta años con mucho contento y consuelo de los naturales. Escribió en la misma lengua muchas cosas muy bien escritas: Arte de la lengua mexicana, Vocabulario de la misma lengua. Dos doctrinas, mayor y menor. Confesionario mayor muy cumplido y Confesionario menor. La vida de Nuestro Padre san Francisco. Aparejo para recibir la sacra comunión. Todas estas obras andan impresas y se ayudan mucho los ministros, y los indios y muchos españoles seglares. Es de creer que esté en la gloria eterna gozando de sus muchos y fieles trabajos porque acumuló a ellos grande observancia y celo ferventísimo de la honra de Dios y amparo de los pobres naturales. Murió con mucho aparejo que el Señor le dio mediante una larga enfermedad y está enterrado en el convento de San Francisco de Mexico.

Con estas palabras ilumina fray Gerónimo de Mendieta (1524-1604) la breve semblanza que dedicó a su hermano fray Alonso, catorce años mayor que él, en el libro V de la *Historia eclesiástica indiana*, la gran crónica sobre la evangelización de la Nueva España, terminada en 1596. La semblanza es breve, aunque intensa, y en ella están dibujadas las líneas clave de su figura, en particular su dominio de la lengua, su papel de intérprete y traductor, su virtud y piedad y sus muchos escritos.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Mendieta llegó a la Nueva España en 1554, aprendió la lengua mexicana y trabajó intensamente en la evangelización. Por su buena pluma, actuó como secretario de la Orden y redactó muchos informes y cartas. Su gran obra fue la *Historia eclesiástica indiana*, escrita por encargo del ministro general de la Orden Seráfica, Cristóbal de Cheffontaines, en orden fechada en junio de 1571, cuando Mendieta estaba en su tierra, Vitoria. La *Historia* está dividida en cinco libros: el primero dedicado a la evangelización en “La Española y sus comarcas”; el segundo, a los ritos y costumbres de los indios de



Molina llegó niño a la Nueva España, antes de 1523, año en que fray Pedro de Gante (*ca.* 1480-1572) abrió la primera escuela en Tezcoco, mientras la capital se levantaba de sus ruinas. Aprendió el mexicano jugando en la calle y lo supo como hijo de la tierra. Se consagró a la Orden Seráfica y a la Nueva Iglesia Indiana, “en cuya lengua, desde mi tierna edad hasta agora no he cesado de ejercitarme”, escribe en la “Epístola Nuncupatoria” de su *Arte de la lengua mexicana y castellana*.

Como franciscano de la estricta observancia elaboró libros en náhuatl que abrieron camino a la evangelización: doctrinas, confesionarios, vidas de santos, y otros escritos. Como humanista enamorado de la lengua, redactó dos *Vocabularios*: el temprano de 1555, castellano y mexicano, el primero del Nuevo Mundo–; y el de 1571, bireccional, conocido también como *Vocabulario grande*.<sup>2</sup> Ambos son considerados obras maestras en la historia de la lexicografía y han sido objeto de múltiples reediciones y estudios. Tanto es así que Molina es conocido en la historia de la lingüística por sus vocabularios y, en menor grado, por su *Arte de la lengua mexicana y castellana*, publicada en 1571 y, de nuevo, en 1576. Por sus dotes de nahuatlato, la orden confió en su capacidad lingüística y apoyó su trabajo como redactor de obras en náhuatl y acerca del náhuatl, pues ello significaba abrir un camino seguro a la predicación. Vivió muchas temporadas en el convento de San Francisco de México y en el de Santiago Tlatelolco, y estuvo muy presente en el Colegio de Santa Cruz, desde su apertura en 1536. También ejerció tareas de guardián fuera de la ciudad de México, concretamente en Tecamachalco y Tezcoco. Fue muy amigo de fray Bernardino de Sahagún e incluso laboraron juntos en el Colegio y en la redacción de algunos libros. Se admite, sin duda, que Molina fue el autor del siglo XVI que más libros logró publicar en la Nueva España, lo cual dio mucha lumbre a la naciente iglesia indiana, porque muchos de sus libros fueron piedras miliarias en la comunicación entre nahuas y españoles y en la exposición de la fe cristiana.

la Nueva España; el tercero trata de cómo fue introducida la fe de N. S. Jesucristo en la Nueva España; el cuarto trata del aprovechamiento de los indios y del progreso de su conversión; el quinto narra las vidas de los claros varones que acabaron en muerte natural y de los que murieron martirizados. La *Historia* no se publicó en su tiempo, a pesar de que Mendieta se la encargó mucho a su hermano de orden, fray Juan de Torquemada. La primera edición la hizo Joaquín García Icazbalceta en 1870.

<sup>2</sup> Sus títulos completos se darán más adelante y en la Bibliografía final dedicada a las ediciones de la obra de Molina.

De todos sus escritos, son sus *Vocabularios* –especialmente el de 1571– los que han atraído la mayor atención de los modernos investigadores. Este hecho ha opacado la importancia de su *Arte* que, como se verá en este estudio introductorio, contiene materia gramatical excelente. El *Arte* es, además, la primera gramática impresa del náhuatl, precedida tan sólo por la de su hermano de orden Andrés de Olmos (ca. 1485-1571), *Arte de la lengua mexicana*, que circuló manuscrita desde 1547. Otro franciscano, Maturino Gilberti (1498-1585), había publicado en 1558 un *Arte de la lengua de Michuacan*, la primera impresa del Nuevo Mundo. Y poco antes que Molina, el dominico fray Domingo de Santo Thomas (ca. 1499-1630), publicó su *Grammatica o Arte de la lengua general de los indios de los reynos del Peru*, acompañada del *Lexicon o Vocabulario de la lengua general del Peru*, Valladolid, 1560. Estos títulos constituyen el preludio de una trascendental empresa misionera, la de penetrar en el universo lingüístico americano aprendiendo lenguas y poniéndolas debajo de arte, siguiendo el impulso de la tradición gramatical de Occidente, tema de enorme interés objeto de estudio del lingüista francés Sylvain Auroux.<sup>3</sup> Para fines del siglo XVI casi todas las lenguas generales de América contaban con arte y vocabulario, y durante los siglos siguientes el impulso continuó sin límites de espacio y tiempo.<sup>4</sup>

La obra que aquí nos ocupa, el *Arte*, ha sido reimpressa en México en 1886 y 1904 con transliteración y notas. En Madrid, en 1945, se hizo una edición facsimilar. En las tres ocasiones salió a la luz sin prólogo ni nota preliminar. Hace unos años (1974) Kenneth Hill la tradujo al inglés precedida de una nota biográfica. Con objeto de poder leer y valorar el esfuerzo gramatical de Molina se imprime de nuevo la edición príncipe de su *Arte*, acompañada de transliteración y de un estudio introductorio que se presenta en dos partes: en una primera, se perfila la vida del franciscano y se describe su extensa obra, a la vez que se ponen de manifiesto sus dotes de lingüista y de filólogo; en la segunda, se hace un análisis de su gramática, capítulo por capítulo, con

<sup>3</sup> El impulso de reducir a gramáticas las lenguas del mundo durante el Renacimiento ha sido objeto de un profundo estudio por Sylvain Auroux en su libro, *La révolution technologique de la grammatisation. Introduction à l'histoire des sciences du langage*, 1994.

<sup>4</sup> Una visión general de las artes elaboradas en América puede verse en Ascensión Hernández de León-Portilla, "Paradigmas gramaticales del Nuevo Mundo: un acercamiento", 2010, p. 75-107.



objeto de apreciar el modo en el que Molina codificó la lengua mexicana y valorar la aportación que en el dominio de la gramática supone el *Arte de la lengua mexicana y castellana* dentro de la tradición lingüística universal.

*La figura de Molina: sus primeros biógrafos*

La breve semblanza de Molina que abre este trabajo, hecha por Mendieta con pinceladas sueltas, contiene datos muy interesantes sobre los momentos principales de su vida y los rasgos de su carácter y, aunque en forma muy escueta, registra los libros principales del franciscano. El mismo fray Gerónimo proporciona otros datos importantes en el libro III, capítulo XVI de su citada *Historia*, al hablar de los primeros trabajos de los Doce. Allí refiere que los franciscanos estaban muy afligidos, pues aunque los naturales aprendían las oraciones en latín, no entendían lo que en ellas se decía. Fue entonces cuando supieron que una viuda española tenía dos niños que habían aprendido la lengua jugando con otros niños y le pidieron a Cortés que intercediera para que les diera uno: “Y aquella dueña honrada holgó dar el uno de sus hijos llamado Alonsito [...]. Este niño fue otro Samuel ofrecido a Dios en el templo haciendo desde niño vida de viejo. Sirvió de intérprete y maestro de predicadores. Cuando tuvo edad, tomó el hábito de la Orden y en ella trabajó hasta su última vejez. Llamóse después fray Alonso de Molina”.

Dos noticias más de Mendieta es necesario recordar. La una está en otro de sus escritos muy conocidos, *Relación de la descripción de la Provincia del Santo Evangelio*, en la que se repiten algunos de los datos contenidos en la *Historia* acerca de la niñez del franciscano. La relación está firmada por Mendieta y dos compañeros, fray Pedro de Oroz y fray Francisco Suárez. Fue redactada en 1585 y enviada a Roma como información para el Ministro General, fray Francisco de Gonzaga (1546-1620), quien estaba acabando de elaborar la historia de la Orden publicada con el título *De origine seraphicae religionis*, Roma, 1587. La semblanza de Molina, casi igual a la contenida en la *Historia eclesiástica indiana*, aparece en latín.<sup>5</sup> La otra se encuentra en un documento escrito por fray

<sup>5</sup> *Relación de la descripción de la Provincia del Santo Evangelio que es en las Indias Occidentales que llaman la Nueva España*, hecha el año de 1585 por fray Pedro de Oroz, fray Gerónimo de Mendieta y fray Francisco Suárez, introducción y notas de fray

Gerónimo cuando regresó a Vitoria, su tierra, en 1570, dirigido al visitador Juan de Ovando. Se trata de una relación sobre los nombres de los frailes de san Francisco de la Provincia del Santo Evangelio:

Fray Alonso de Molina, de sesenta años. Confesor y predicador de yndios y de españoles, a sido y es la mejor lengua mexicana de aquella tierra, maiormente para el uso de la predicacion y para tratar con los yndios. A compuesto muchas cosas buenas en la lengua de las cuales solamente estan impresas una doctrina pequeña, un confesionario breve y otro maior y el vocabulario que ahora se quedava imprimiendo segunda vez. A sido muchas veces difinidor y guardian de las principales casas.<sup>6</sup>

Con el hallazgo y publicación de este documento conocemos un dato esencial en la vida de Molina, el año de su nacimiento. Desconocemos, sin embargo, el lugar exacto de donde provino, aunque otro franciscano, Antonio de la Rosa Figueroa (1698-1777), afirma que era de Extremadura. La incertidumbre del lugar ha dado pie a numerosas conjeturas por parte de sus modernos biógrafos, como pronto veremos. Pero en suma, puede decirse que Mendieta es su primer biógrafo y que la información dada por él es la más completa hasta el momento.

Quedan noticias sueltas sobre Molina en algunos documentos de la Inquisición, de la cual fue intérprete y también víctima. Como intérprete actuó en varias ocasiones; una de ellas en 1536 en el juicio contra Martín Ucelo por idólatra y hechicero, en el cual fue nahuatlahto junto con “fray Pedro e Pedro de Molina”. Es muy probable que “el fray Pedro” sea fray Pedro de Gante y que “Pedro de Molina” sea el hermano de fray Alonso del que habla Mendieta.<sup>7</sup> Otra ocasión fue en 1539 durante el proceso del cacique de Tezcoco, don Carlos Ometochtli.<sup>8</sup>

Fidel Chauvet, México, 1947. El manuscrito original de esta *Relación* se conserva en el Archivo de la Torre de Tombo, en Lisboa. La semblanza de Molina está en las p. 81-82.

<sup>6</sup> El documento ha sido publicado con un estudio por Carlos Sempat Assadourian, con el título de “Memoriales de fray Gerónimo de Mendieta”, 1988, p. 389. Se conserva en el Instituto de Valencia de Don Juan, en Madrid.

<sup>7</sup> Pedro de Molina aparece en el citado juicio firmando la declaración de varios testigos. El proceso está publicado por Luis González Obregón, *Procesos de indios idólatras y hechiceros*, 1912, p. 17-35.

<sup>8</sup> En en juicio a don Carlos encabezado por fray Juan de Zumárraga estuvieron también presentes como intérpretes fray Bernardino de Sahagún y fray Antonio de Ciudad Rodrigo, este último, provincial del Santo Evangelio. *Við.* González Obregón, *Proceso inquisitorial del cacique de Tetzoco*, 1910, p. 1-3.



Como víctima, fue denunciado varias veces ante el Santo Oficio en la década de 1570. Una de ellas fue a raíz de la publicación del *Vocabulario grande*, dedicado al virrey Martín Enríquez “como supremo y cabeza desta Iglesia en la Nueva España”. Fue denunciado en 1574 y el asunto terminó con la recomendación del arzobispo Pedro Moya de Contreras (m. en 1591), de “que el mismo autor los enmiende” (los vocabularios). Este mismo año fue de nuevo denunciado en una “Información que hizo el provisor de los indios naturales de México sobre la usurpación de jurisdicción eclesiástica que hacían los frailes de la Orden de San Francisco”. En el documento se incluye la declaración de varios testigos ante el provisor de México y se dice que los indios de Santiago Tlatelolco no acuden a los llamados de la Iglesia. Los testigos acusan al guardián (que era Molina) y a los frailes de hacer justicia de su mano, saliéndose del derecho y afirman que los “indios se habían sustraído de la obediencia e jurisdicción del provisor y que si el provisor se apersonaba en el convento, el guardián e dichos frailes los expelían y predicán a los indios que no les obedezcan”. Cuentan que “una vez el provisor fue a buscar a un indio detenido en dicho monasterio y que Molina le dijo que si estaba él allí por bestia o majadero para solamente confesar o administrar los sacramentos e predicarles”.<sup>9</sup> En estas acusaciones se muestra una situación de choque entre los religiosos regulares, que sintieron siempre su papel como “evangelizadores de frontera” en América, y la Iglesia secular, que se fue imponiendo después que salió reforzada en el Concilio de Trento (1545-1563).

Pero, volviendo a la vida de fray Alonso, cabe afirmar que su memoria perduró en la Orden como evangelizador y escritor. Y así, su hermano fray Juan de Torquemada (ca. 1557-1624), en su *Monarquía indiana*, publicada en 1616, registra su vida centrada en las dos semblanzas citadas de Mendieta, que copia casi al pie de la letra. Dado que Torquemada sigue la secuencia histórica de Mendieta, la vida de Molina se describe al hablar de los religiosos dignos de memoria de la provincia del Santo Evangelio (libro XX, cap. LIX), mientras que al hablar de los trabajos de los primeros años, copia la información de

<sup>9</sup> Francisco del Paso y Troncoso, *Epistolario de la Nueva España*, t. XI, p. 152-153. Esta acusación, así como otra, en que se le inculpa de haber prendido a un indio que había hurtado una india del barrio de San Sebastián, están descritas y comentadas en el “Estudio preliminar” de Miguel León-Portilla a la edición facsimilar del *Vocabulario* de 1571, p. XXXVII-XLI.

cómo los religiosos pidieron a Cortés que la viuda les prestara a uno de sus hijitos (libro XV, cap. XIV).<sup>10</sup> En suma, Torquemada no añade datos a la biografía, aunque al narrar la historia de la nueva Iglesia, a veces sale Molina tangencialmente.

Otro de sus hermanos, fray Juan Baptista (1555-1613), que lo trató en Tlatelolco, en el "Prologo" a su *Sermonario* de 1600 resalta la memoria de Molina, si no con muchos datos, sí con calor y admiración, con pinceladas fuertes. Recuerda él "que vino niño luego al principio de la conquista"; que aprendió la lengua en muy breve tiempo; que los Doce le pidieron a sus padres "para tenerle consigo" como intérprete en la doctrina y que el niño Alonsito "se aquerenció con ellos"; que nunca volvió a la casa de sus padres; que tomó el hábito de San Francisco y que "vivió en la Orden con grande virtud y celo"; que predicó y escribió mucho "hasta que lleno de venerable vejez, pasó al Señor". Y añade Juan Baptista: "heme aprovechado de algunos pedazos de sus escritos y lengua."<sup>11</sup> Años después, otro hermano de Orden, fray Agustín de Vetancurt (1620-1700), en su "Menologio seráfico" (1698) lo recuerda, glosando los mismos datos.<sup>12</sup> Finalmente, el citado Antonio de la Rosa Figueroa, encargado del Archivo y Biblioteca de San Francisco de México, en su *Promptuario general*, sostiene que Molina era extremeño y que profesó en México en 1528.<sup>13</sup> Este dato acerca de la procedencia de Molina es de gran valor, pues De la Rosa tuvo a su disposición el acervo histórico de la orden. En suma, la memoria de fray Alonso permaneció entre sus hermanos conforme al espíritu franciscano, es decir, con una modesta semblanza. Pero esto no es extraño; así permanecieron también las de otros "grandes" como fray Bernardino de Sahagún (1499-1590) y fray Juan de Gaona (1507-1560).

<sup>10</sup> Fray Juan de Torquemada, *De los veinte y un libros rituales y monarquía indiana*, México, UNAM, 1975-1979.

<sup>11</sup> Fray Juan Baptista, *A Jesucristo N. S. ofrece este sermonario en lengua mexicana su indigno sieruo*, 1606.

<sup>12</sup> Fray Agustín de Vetancurt, *Menologio franciscano de los varones mas señalados... de la Provincia del Santo Evangelio de Mexico*, p. 39, incluido en *Teatro Mexicano*, México, 1698.

<sup>13</sup> Antonio de la Rosa Figueroa, *Promptuario general... de todos los religiosos que ha habido en esta provincia del Santo Evangelio*. Manuscrito conservado en la Universidad de Texas. *Apud* Miguel León-Portilla, "Estudio preliminar" al *Vocabulario de 1571*, 1971, p. XX.



### *Sus modernos biógrafos*

De la memoria franciscana, Molina saltó a la pluma de los bibliógrafos de los siglos XVII y XVIII, como Antonio de León Pinelo, Nicolás Antonio, Juan José de Eguiara y Eguren y José Mariano de Beristáin y Souza. En la mayoría de ellos simplemente se registran sus obras, aunque Nicolás Antonio le llama fray Alfonsus Molina Escalona, al confundirlo con fray Alonso de Escalona (1490-1584), nahuatlato, provincial en 1570.

A fines del siglo XIX, la figura de Molina se agrandó, a medida que se estudiaban y traducían los textos del náhuatl clásico y se valoraba más y más su *Vocabulario grande*. Fue entonces cuando Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) elaboró su famosa *Bibliografía mexicana del siglo XVI* (1886), en la que puso mucha atención a la descripción de las obras de Molina. Reproduce la pequeña biografía, ya citada, de fray Juan Baptista y, siguiendo a este franciscano, concluye que “fray Alonso de Molina llevó el *pondus diei et aestus*, el peso del día y el calor, en la labor de esta viña, desde su tierna edad hasta que dio el espíritu a su Creador”.<sup>14</sup> Contemporáneo de García Icazbalceta, el conde de la Viñaza (1862-1932), en su bien conocida *Bibliografía española sobre las lenguas indígenas de América*, afirma que Molina nació en Escalona, Toledo, y que Nicolás Antonio “confunde en una única personalidad a los padres Escalona y Molina”. Sin embargo, aunque el conde notó la confusión debida a Nicolás Antonio, siguió en la creencia de que Molina era natural de Escalona.<sup>15</sup>

Entrado el siglo XX, el historiador Francisco Fernández del Castillo (1864-1936), se interesó por la figura de Molina y le dedicó un breve artículo en el que planteó una hipótesis sobre el lugar de su nacimiento. Descarta que el franciscano fuera hijo de un Alonso de Molina, armero, porque este señor vivía aún en tiempos del virrey Mendoza (virrey entre 1535 y 1550), dato que se contrapone a lo que dice Mendieta. Y afirma que la duda se resuelve con un documento encontrado por él en el Archivo General de la Nación. El documento es una propuesta del

<sup>14</sup> Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, 1954, p. 287-290.

<sup>15</sup> Cipriano Muñoz y Manzano, Conde de la Viñaza, *Bibliografía*, 1892, p. 248. Cabe añadir que fray Alonso de Escalona fue muy buen nahuatlahto y que de él se conserva en la Biblioteca Nacional de México un manuscrito de *Sermones en mexicano*. Sahagún y él no tuvieron buena relación y, siendo provincial, en 1570, mandó dispersar los papeles de fray Bernardino por la provincia so pretexto de que fueran revisados.

bachiller Diego Verdugo Montenegro, cura de Cuisio, Michoacán, en la que pide al Santo Oficio en 1623 ser aceptado como ministro de esa institución. El bachiller se declara sobrino nieto del franciscano y ofrece una nueva genealogía. El escrito dice así: “El Marqués del Valle, cuando vino la segunda vez de España trujo consigo a Alonso Morales Molina y a Beatriz Gutiérrez, su mujer, con un hijo que fue fray Alonso de Molina, el primero que tomó el hábito de S. Francisco en N. España y el que compuso el *Vocabulario* mexicano, y sus tres hijas, Francisca, Leonor y Ana, ‘las tres con el apellido Gutiérrez’. Venían de Baeza, provincia de Jaén”.

Fernández del Castillo comenta que coincide la fecha, ya que este Molina llegó recién conquistado México, porque, el “luego que se conquistó” se puede aplicar a 1530, cuando llegó Cortés por segunda vez.<sup>16</sup> Con esta premisa, el conocido historiador traza nuevas fechas en la vida de Molina y afirma que profesó en 1535, cinco años después de su llegada. Respecto de su hermano, afirma que fue nahuatlato, Pedro de Molina y que aparece en el *Códice del Escorial*.<sup>17</sup> Tal hipótesis está prendida en una falsa interpretación en la que se eliminan los datos de Mendieta, quien claramente afirma que llegó “tan luego” como se conquistó y que su madre quedó viuda con dos hijos. Además, se tergiversa el sentido de la palabra *luego*, que tanto en español del siglo XVI como en el español de México actual, se usa para expresar una acción que sucede inmediatamente.<sup>18</sup> Adelantaré que sabemos que un Alonso de Molina, franciscano extremeño de Puebla de Alcocer,

<sup>16</sup> En el *Índice geobiográfico*, v. II, p. 8, de Peter Boyd-Bowman aparecen un Alonso Morales Molina y Beatriz Gutiérrez, su mujer, que se embarcaron a México en 1530, ambos naturales de Denia, Alicante. Equivocadamente, Boyd Bowman considera a Alonso Morales padre de fray Alonso.

<sup>17</sup> Francisco Fernández del Castillo, “Aclaraciones históricas. Fray Alonso de Molina”, 1925, p. 345-346. de Pedro de Molina ya se ha dicho que fue intérprete en el proceso de Martín Ucelo, en 1536.

<sup>18</sup> Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611) define la palabra *luego* “como vocablo castellano antiguo que vale tanto como *statim*, *illico* en latín”. Ambas palabras se traducen al español como al punto, al momento. Este valor es el que tiene la palabra en México y el que tuvo en España, aunque actualmente se usa para “después”. El DRAE (2001) consigna los dos significados: en primer lugar el de “pronto, sin dilación” y, en segundo, el de “después”. Señala para Argentina y México el valor de “en seguida”. En este contexto vale recordar el dicho mexicano, “pa’ luego es tarde”.



llegó a México en 1531.<sup>19</sup> El cura de Cuisio pudo ser sobrino nieto de él y confundirlo a propósito con el niño Alonsito para, de esta manera, presentar un buen linaje ante el Santo Oficio.

Más cerca de nosotros, Miguel León-Portilla, en su estudio preliminar al *Vocabulario* de 1571, comenta los escasos datos que de su vida tenemos y añade un nuevo testimonio en náhuatl sobre su muerte, el del cronista de Chalco, Francisco Chimalpáhin (1579-1660), en su *Séptima relación*, que traducido al español por Miguel León-Portilla dice así:

Auh zan no ypan in yn omote-  
neuh 9 acatl xihuitl yn momiqui-  
llico Mexico yn totlazohtatzin fray  
Alonso de Molina teopixqui Sanct  
Francisco, temachtiani huey catca  
Santc Joseph, Sanct Francisco,  
huey ocotl, tlahuilli, oquimoque-  
chillitia yn intloctzinco, ynahua-  
ctzinco matlactlomome teopix-  
queh Sanct Francisco yn achtopa  
hualmohuicaqueh yn España,  
yhuan zatepan nican omoteopix-  
catilliqueh yn itechcopa tona-  
huatlol. Yhuan nohuic yn to-  
techcopa nican titlach quin huel  
yehuatzin in neltilixtica tlame-  
lahca, tlatecpanalixtica, otechma-  
moxtlacuilihuilitia in ytechcopa  
yn letras españolas, y huel cualli,  
yc oquimonanamictilli tonahuah-  
tlol. Ynic mexicopa oquimotla-  
lili huey bocapolario. Yn itech  
momachtitzinohuah nepan teo-  
pixqueh yn techmomachtilia to-  
nahuatlahtolcopa. Yhuan oc cequi  
miectlamantli yn oquimi cuilhuitia

Y también el dicho año 9 caña  
(1570) murió en México nuestro  
querido padre fray Alonso de Mo-  
lina, sacerdote de San Francisco  
que fue gran maestro en San Jo-  
seph, en San Francisco, tea grande,  
luz que dio apoyo estando junto,  
estando cerca de los doce sacerdo-  
tes de San Francisco cuando pri-  
meramente vinieron de España y  
aquí fueron sacerdotes de toda la  
gente. De él aprendieron nuestra  
lengua náhuatl y también él así,  
ante nosotros, en lo tocante a lo  
nuestro, de los hombres de aquí,  
pudo después con verdad, con  
rectitud, con orden, escribir para  
nosotros su libro con letras espa-  
ñolas, muy bueno, en el cual hizo  
que se encontraran las correspon-  
dencias de nuestra lengua náhuatl.  
Así dispuso un gran vocabulario  
de la lengua mexicana. De él apren-  
dieron todos los sacerdotes que  
nos han enseñado en nuestra len-  
gua náhuatl. Y todavía escribió

<sup>19</sup> Está documentado en el trabajo de Rocío Sánchez Rubio, *La emigración extremeña al Nuevo Mundo*, del que pronto se hablará.



temachtiliztli doctrina yhuan oc  
cequitlamantli teotlahtolli na-  
huatlahtolcopa yn ticpia ticpohua  
nican titlacah Nueva España”.  
otras muchas cosas, una Doctrina  
y otros discursos divinos en náhuatl,  
que nosotros conservamos, que  
nosotros leemos aquí, nosotros los  
hombres de la Nueva España.<sup>20</sup>

Otro dato que valora mucho León-Portilla es el aportado por el franciscano Francisco de la Rosa Figueroa, encargado del Archivo y Biblioteca de San Francisco de México. En su *Promptuario general... de todos los religiosos que ha habido en esta provincia del Santo Evangelio*, sostiene que Molina era extremeño y que profesó en México en 1528. No acepta lo dicho por otros autores como el conde de la Viñaza y Francisco Fernández del Castillo. Sobre la hipótesis de este último hace comentarios muy apropiados y llega a decir que tal hipótesis es insostenible y que “en el mejor de los casos, las palabras de Verdugo Monegro podrán tenerse como un confuso recuerdo respecto de alguien con quien creía o deseaba estar emparentado”.<sup>21</sup>

Para León-Portilla, los datos de Chimalpáhin y de De la Rosa son válidos y ayudan a fijar puntos debatidos. Piensa él que Molina nació en 1513 (hoy sabemos que fue en 1510) y que profesó en la Orden en 1528; que desde niño descubrió los secretos de la lengua; que se adentró en ella y en la cultura de la que era portadora; que sus superiores, conscientes de sus dotes, le dejaron tiempo para redactar muchas obras en mexicano; que destacó en su trabajo pastoral y como guardián de los conventos de Tlatelolco, Tecamachalco y Tezcoco.

Señala además que “fray Alonso tuvo fama de ser varón de mucho provecho”, y que logró imprimir casi todo lo que escribió. Una por una describe sus obras, y se centra en el análisis del *Vocabulario* de 1571, objeto de su estudio preliminar, enfatizando su finalidad, contenido, método y rasgos lingüísticos innovadores. En suma, Molina fue trabajador infatigable, amigo de fray Bernardino de Sahagún, con el que convivió y trabajó en Tlatelolco; no tan amigo del arzobispo Moya de Contreras ni del Santo Oficio con el que se topó en varias ocasiones. Pero sus desventuras con la Inquisición, dice León-Portilla, “se

<sup>20</sup> Miguel León-Portilla, *Los franciscanos vistos por el hombre náhuatl*, 1985, p. 65-66.

<sup>21</sup> *Ibid.* p. XXIV-XXV.



debieron al antagonismo entre el clero secular y el regular cuando este último perdió poder tras el Concilio de Trento”.

Más cerca de nosotros, el investigador Hermenegildo Zamora Jambrina, afirma que era extremeño, de Puebla de Alcocer (hoy provincia de Badajoz), que nació en 1496 y que pasó a la Nueva España en 1531. Sin duda, lo confundió con el Alonso de Molina de Puebla de Alcocer, quien, como dijimos, pasó a México como franciscano en 1531, por tener los dos el mismo nombre y ser extremeños.<sup>22</sup>

Digna de ser recordada es la “Vida y obra de fray Alonso de Molina” de Esther Hernández, incluida en un amplio trabajo sobre el *Vocabulario en lengua castellana y mexicana de fray Alonso de Molina. Estudio de los indigenismos léxicos y registro de las voces españolas internas, Madrid, 1996*. Interesa mucho a la autora dilucidar el lugar de nacimiento de Molina y repasa con cuidado los datos existentes. De los datos aportados por Mendieta afirma que son imprecisos; duda de la autenticidad de lo registrado por De la Rosa Figueroa, mientras que considera el documento de Francisco Fernández del Castillo como “la única prueba de integridad histórica de que se dispone hasta ahora de la llegada de fray Alonso a Nueva España”.<sup>23</sup> Piensa ella que sería interesante conocer la procedencia cierta del franciscano, cosa que no se refleja en el español del *Vocabulario*, ya que desde pequeño fue separado de su familia.

Por último, Manuel Galeote, en su estudio preliminar a la edición facsimilar del *Vocabulario* de 1555, vuelve sobre los datos controvertidos y comenta las diversas opiniones. Valora su papel de intérprete como una gran ayuda a los franciscanos.<sup>24</sup>

En suma, de Molina sabemos mucho y poco. Lo conocemos por sus múltiples escritos, la mayoría en mexicano, y también por su consagración a la Orden Seráfica, siempre dispuesto a ser intérprete y “lengua”. Faltan datos importantes de su vida, interesantes para cualquier investigador. Pero algo se puede añadir. Veamos.

<sup>22</sup> Hemenegildo Zamora Jambrina, “Escritores extremeños en Indias”, 1990, p. 131-166.

<sup>23</sup> Esther Hernández, “Introducción” al *Vocabulario en lengua castellana y mexicana. Estudio de los indigenismos léxicos y registro de las voces españolas internas*, 2001, p. 16. De nuevo esta autora toca este tema en su “Estudio” a la edición facsimilar del *Vocabulario* de 1571, Madrid, 2001.

<sup>24</sup> Manuel Galeote, “Estudio preliminar” a *Aquí comienza un Vocabulario en la lengua castellana y mexicana*, 2001. p. LXIII.

### ¿Molina extremeño?

En 1993, Rocío Sánchez Rubio publicó un extenso volumen sobre la emigración extremeña al Nuevo Mundo, magno repertorio sobre el tema. Además de la información contenida en los tres grandes repositorios tradicionales, esta autora incluye datos y nombres sacados de nuevas fuentes –libros de asientos, protocolos notariales, Inquisición, listas de embarque, licencias de pasajeros, cartas de emigrantes y archivos– particularmente del Archivo del Monasterio de Guadalupe.<sup>25</sup>

Interesa la parte final del libro, que contiene un “Fichero de emigrantes” en el que se registran 15 301 nombres de extremeños que viajaron en el siglo XVI. Entre ellos hay varios de apellido Molina: el primero Gil de Molina, natural de Fuente de Cantos, que pasó a México en 1523;<sup>26</sup> Alonso de Molina, armero, natural de Jerez de los Caballeros, viajó a Yucatán en 1528;<sup>27</sup> Otro Alonso de Molina, ya citado, natural de la Puebla de Alcocer, franciscano, que se embarcó en 1531 para México. En 1569 tres miembros de la familia Molina Arévalo, de Guadalupe (Claudio, Gaspar y Juan), pasaron a la Nueva España. Y finalmente un Alonso de Molina, natural de Valencia de las Torres, se embarcó para el Río de la Plata en 1572.<sup>28</sup>

<sup>25</sup> Rocío Sánchez Rubio, *La emigración extremeña al Nuevo Mundo*, 1993, p. 430-793. Los tres repositorios clásicos sobre este tema son el de Cristóbal Bermúdez Plata, *Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII*, Sevilla, 1940-1986, 7 v; Peter Boyd-Bowman, *Índice geobiográfico de cuarenta mil pobladores españoles de América en el siglo XVI*, t. II, 1966, e *Índice geobiográfico de más de 56 000 pobladores de la América hispánica (1493-1600)*, México, 1985; y, V. Navarro del Castillo, *La epopeya de la raza extremeña en Indias. Catálogo biográfico de 6 000 pobladores*, Mérida (Extremadura), 1978.

<sup>26</sup> Sabemos que Gil de Molina tuvo a su cargo la encomienda de Teçayuca, en la Huasteca, según podemos ver en el *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de la Nueva España* de Francisco A. de Icaza, 1923. Según Icaza, en un documento (que no cita) se lee: “que ha veinticuatro años que paso a la Nueva España, que el es pobre y viejo y que su majestad le ha mandado proveer de alguna sustentacion, e que agora le vinieron de Castilla vn hijo e vna hija para casar e padescer neçesidad”, v. I, p. 313.

<sup>27</sup> Este Alonso de Molina vivió después e la ciudad de México donde formó una familia grande. Hay datos sobre él en el libro I de bautismos de la catedral donde aparece como padre y a veces como padrino. También en el citado *Diccionario* de Francisco A. de Icaza.

<sup>28</sup> Otros conquistadores de nombre Molina, documentados por Paso y Troncoso en su *Epistolario de la Nueva España*, 1940, fueron: Antonio de Molina, vecino de la ciudad de México (t. XIV, p. 59), que vino con Pánfilo de Narváez; Bartolomé de Molina (t. X, p. 15), del que nada se sabe; y, los Molina, hijos de conquistadores, quienes



Como puede verse, el nombre de Alonso era bastante común en la Extremadura del siglo XVI. Además, claramente se perfilan dos núcleos de apellidos Molina: uno en la Baja Extremadura –Fuente de Cantos, Jerez de los Caballeros y Valencia de las Torres, hoy provincia de Badajoz–; otro en la Extremadura Media –Guadalupe, provincia de Cáceres, y Puebla de Alcocer– provincia de Badajoz. Es muy posible que naciera en alguna de estas ciudades extremeñas, de las que en el siglo XVI salían numerosos emigrantes a las Indias.

El hecho de que el Alonso de Molina, franciscano, natural de Puebla de Alcocer, se embarcara para México en 1531 ha dado pie, como ya vimos, para que el investigador Zamora Jambrina postulara, en 1990 que el “niño Alonsito” era este mismo franciscano y que nació en 1496, lo cual, afirma Manuel Galeote, indica “que este autor confundió a Alonso de Molina con Alonso de Escalona, como le pasó a Nicolás Antonio”.<sup>29</sup> Tan improbable como esta hipótesis es la afirmación del cura de Cuisio, de que su tío abuelo fuera el niño Alonsito y que viniera en la segunda venida del Marqués con sus padres y hermanas desde Baeza, provincia de Jaén. Respecto a la confusión de Nicolás Antonio entre Alonso de Molina y Alonso de Escalona, es éste un disparate, tan grande como el del conde de la Viñaza, que identifica a estos dos Alonsos en uno. Creo que todas estas hipótesis descabelladas sólo se entienden por el interés tan grande de los investigadores por conocer la patria chica del franciscano.

Además, tales hipótesis minusvaloran las fuentes y desestiman los datos que nos dejaron los que lo conocieron. Las fuentes son claras al decir que llegó niño “luego que se conquistó la Nueva España”, y que para 1524 era ya intérprete de la Orden. Este dato es importante pues, en aquel año, el oficio de intérprete desempeñaba una función de exclusividad, cosa que ya no sucedía en 1531. Para 1531 existía ya una incipiente infraestructura filológica y lingüística generada en las escuelas franciscanas y dominicas en las que frailes y estudiantes recogían textos

aparecen en una carta en 1563 (t. IX, p. 241). La carta es una larga relación escrita por Francisco de Morales al rey pidiendo que se nombre presidente de la Audiencia a Alonso de Zorita para que corrija injusticias. Al parecer los Molina habían sido privados injustamente de su repartimiento por el licenciado Cavallón, de la Audiencia de México. De ninguno se dice su lugar de origen. Acerca de Antonio de Molina, natural de Huelva, se ha ocupado Bernard Grunberg en su libro *Dictionnaire des conquistadores de Mexico*, 2001, p. 336.

<sup>29</sup> Manuel Galeote, *op. cit.* p. XIII.



y elaboraban las primeras reglas gramaticales y los primeros glosarios.<sup>30</sup> Es más, existe un documento denominado *Códice de Cuetlaxcohuapan* (1531), en el que un grupo de escribanos nahuas que ya trabajaba con escritura alfabética pidió ser remunerado como se hacía en Castilla.<sup>31</sup>

En suma, por ahora, quedémonos con los cronistas franciscanos: que era extremeño y que nació en 1510, que llegó niño, que fue intérprete de los Doce, que vivió como otro Samuel entregado al templo y que trabajó en la Orden Seráfica hasta su última vejez. Y si se perdió la memoria del lugar de su nacimiento quizá fue porque, al llegar tan niño y aprender la lengua tan perfectamente, se le consideró, sin más, un hijo de la tierra.

### *Su entrada en la Orden. Años de preparación humanística*

Bien sabido es que los niños tienen “don de lengua” y más si juegan con otros niños, como se dice de Alonsito. Así que no es descabellado pensar que para la llegada de los Doce, en 1524, ya tuviera algo de fluidez para servir de intérprete. Y si seguimos el testimonio ya citado de fray Juan Baptista, los Doce “lo tuvieron consigo y con ellos se aquerenció”. Poco se sabe de su niñez y adolescencia sino que “fue otro Samuel ofrecido a Dios en el templo [...] haciendo desde niño vida de viejo” (Mendieta, *Historia*, libro III, cap. XVI), es decir, haciendo vida de franciscano y sirviendo de intérprete de la orden. En 1528, con 18 años, profesó en ella, según testimonio del padre De la Rosa. Durante todos estos años, vivió la paz del convento y los duros años de la postconquista, años de lucha entre la actitud de algunos conquistadores y la política indigenista de las órdenes religiosas, en especial la franciscana, con su obispo al frente, fray Juan de Zumárraga (1468-1548). Vio llegar las primeras barcadas de franciscanos, la de 1528, con Zumárraga y fray Andrés de Olmos (*ca.* 1485-1571), y la de 1529, encabezada por fray Antonio de Ciudad Rodrigo (m. 1553), en la que venían jóvenes que luego destacaron mucho, como fray Bernardino de Sahagún.

<sup>30</sup> Sobre este tema, *Vid.* Ascensión Hernández de León-Portilla, “El despertar de la lingüística y la filología mesoamericanas: gramáticas, diccionarios y libros religiosos del siglo XVI”, 1996, p. 354-357.

<sup>31</sup> *Vid.* Ascensión Hernández de León-Portilla, “El *Códice de Cuetlaxcohuapan* y los primeros escribanos nahuas”, 1997, v. II, p. 311-331.



Mientras esto sucedía y la Corona implantaba un naciente orden en la Nueva España, Alonso estudiaba para el sacerdocio y la Evangelización. Su preparación, dice Miguel León-Portilla, “rompió de hecho los moldes establecidos, ya que aún no había cátedras formales ni seminario eclesiástico ni universidad alguna”.<sup>32</sup> Recuerda este autor que se considera a Molina como el primero que se ordenó en la Nueva España y que esto sucedió hacia 1535 o 1536. Para entonces, afirma, “eran varios los obispos que había en la Nueva España: el franciscano Zumárraga, el dominico Julián Garcés (1452-1542) y Sebastián Ramírez de Fuenleal” (m. 1547), del clero secular, quien se desempeñaba como presidente de la Segunda Audiencia.

Ordenado sacerdote, Molina permaneció un largo tiempo en la ciudad de México, ya en el convento grande de San Francisco, ya en el de Santiago Tlatelolco. En cierta manera fue mimado por la Orden porque, a diferencia de otros franciscanos como Andrés de Olmos, no fue enviado a abrir sendas en la Evangelización en el momento difícil de expansión misionera, momento cargado de mística y aún de epopeya, como lo hace ver Robert Ricard en su libro *La conquista espiritual de México* (1947).

Bien es verdad que la permanencia de Molina en la capital era muy provechosa para la Orden pues era la mejor lengua mexicana; pero también lo fue para el propio fray Alonso, ya que en 1536 se inauguró el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. El 6 de enero de aquel año, los obispos Zumárraga y Ramírez de Fuenleal, y el recién llegado virrey Antonio de Mendoza (1492-1552), inauguraban con gran solemnidad el Colegio junto al convento de Santiago. El lugar elegido fue Tlatelolco, por ser “barrio principal”, al decir de Mendieta (*Historia*, libro IV, cap. XV), y quizá también por el recuerdo del importante *calmécac* que allí había existido en el que se formó Cuauhtémoc.

El Colegio se concibió ante la necesidad de enseñar gramática (latín) a los alumnos aventajados de las escuelas, en particular a los de San José de los Naturales, fundada por fray Pedro de Gante (ca.1580-1572). Fue proyectado como una escuela de estudios medios para enseñar el *trivium* y el *quadrivium*, además de pintura y medicina, policía y buenas costumbres. Desde un punto de vista práctico se perseguía un objetivo doble: por una parte el acercamiento de culturas,

<sup>32</sup> *Op. cit.* p. XXIV.

establecer un diálogo entre el humanismo renacentista y la sabiduría mesoamericana; por la otra, el de preparar a un buen número de jóvenes indígenas y encauzarlos a la vida religiosa. Este proyecto se abandonó pronto, según deja ver Zumárraga en una carta dirigida al Emperador y fechada el 17 de abril de 1540. En ella se dice que los alumnos eran más inclinados al matrimonio que al celibato.<sup>33</sup>

Cuando se fundó el Colegio, Molina se acababa de ordenar. Tenía alrededor de 26 años y su formación había respondido a las circunstancias más que a una carrera eclesiástica. Sabemos que vivió largos periodos en el convento de Santiago y que estuvo ligado al Colegio, lugar en el que conoció al tezcocano Hernando de Ribas (ca. 1522-1595), quien colaboró con él en sus vocabularios.<sup>34</sup> Allí se hizo muy amigo de fray Bernardino de Sahagún; juntos restauraron las aulas y los planes de estudio en 1572 e inclusive por estos mismos años llegaron a firmar juntos el “Prologo” a la traducción del *Summario de las indulgencias y perdones concedidas a los cofrades del Sanctissimo Sacramento traducido en lengua mexicana*, del que se hablará más adelante.

Posiblemente, Molina fue uno de los primeros estudiantes que recibieron clases de latinidad y de humanismo con los maestros de los primeros tiempos. De ellos nos habla Mendieta: de Arnaldo de Bassacio “doctísimo varón y gran lengua de los indios”, primer rector del Colegio; de Andrés de Olmos y Bernardino de Sahagún, “maestros de latinidad”; de fray Juan Foher (ca. 1500-1565), doctor en leyes por la Universidad de París; de fray Juan de Gaona (1507-1560), formado también en París, “excelente latino y retórico” (Mendieta, *Historia*, libro IV, cap. XV). Con ellos, y con otros igualmente famosos como fray Francisco Bustamante (1485-1562) y fray Diego Valadés (1533-1582), Molina se adentró en el humanismo; de ellos aprendió la filosofía aristotélico-tomista y las nuevas corrientes renacentistas concernientes al estudio de la lengua latina y también de la hebrea, según se desprende de las alusiones al hebreo contenidas en su *Arte de la lengua mexicana y castellana*.

Más allá de las aulas, el Colegio contó con una buena biblioteca, cuyos primeros volúmenes fueron donados por Zumárraga el día de

<sup>33</sup> *Apud.* Ascensión y Miguel León-Portilla “El Colegio Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco”, 1990, p. 38.

<sup>34</sup> Sobre la relación de ambos, *Vid.* Ascensión H. de León-Portilla, “Hernando de Ribas, intérprete de dos mundos”, 1996.

su fundación, “iniciándose con ello la formación de la primera biblioteca académica de las Américas”, afirma Miguel Mathes en un estudio sobre ella.<sup>35</sup> En realidad, los colegiales disponían también para consulta, de la biblioteca del adjunto convento de Santiago, de forma tal que las dos bibliotecas formaban un repositorio donde se guardaban libros de muy diversa índole, especialmente de autores griegos y romanos, de filosofía medieval, de doctrina y de espiritualidad; también de autores renacentistas, como Erasmo, y allí estaba la famosa enciclopedia bizantina de *Suidas*. Existen además varios inventarios del Colegio en los que se registran títulos de índole lingüística, entre ellos cuatro “Artes de comento”, nombre dado a las *Introductiones latinae* de Nebrija; dos *Vocabularios* de Antonio; tres “Despauterios de latinidad, un Quintiliano, un Catolicon y dos Calepinos”.<sup>36</sup> Mencionaré también la existencia de gramáticas griegas, la de Nicolas Cleynaerts (Nicolavs Clenardvs, 1495-1542), *Institviones ac meditationes in graecam linguam* (Lyon, 1557) y la de Francisco de Vergara, *Francisci Vergarae de graecae linguae grammatica libri quinque* (Alcalá, 1537), más una de hebreo del citado Cleynaerts, *Tabula in grammaticen hebraeam* (París, 1559). En suma, puede decirse que las bibliotecas de Tlatelolco eran un repositorio como el de cualquier otro convento del viejo Mundo abierto a la filosofía tradicional y al humanismo renacentista.

### *Hacia un nuevo humanismo*

En las primeras décadas de vida novohispana, las aulas y la biblioteca de Tlatelolco se consolidaron como trasplante de un centro académico en donde moraba el humanismo del Viejo Mundo y se hacía presente el del Nuevo. Fray Alonso aprovechó este contexto de tal forma que podría decirse que fue el primer humanista formado en México. De sus maestros y de sus lecturas recibió el saber que hubiera podido adquirir en una Universidad del Viejo Mundo,<sup>37</sup> y se convirtió así en un firme eslabón de la cadena en la que descansa la transmisión de la cul-

<sup>35</sup> Miguel Mathes, *Santa Cruz de Tlatelolco: la primera biblioteca académica de las Américas*, 1972, p. 22. En este trabajo, el autor reconstruyó la biblioteca tomando como base los libros que conservan la marca de fuego de Santa Cruz.

<sup>36</sup> Inventarios publicados por Joaquín García Icazbalceta en el *Códice Mendieta*, México, 1892, v. II, p. 255-256.

<sup>37</sup> La Real y Pontificia Universidad de México fue fundada en 1551 por cédula expedida por Carlos I.

tura; en realidad fue el primer eslabón del humanismo del Viejo Mundo que enlazó con el humanismo presente en las culturas del Nuevo.

Tal hecho, importante en sí mismo, no era suficiente en una tierra en la que existía una cultura propia con originales creaciones en el mundo del pensamiento, aunque en peligro de desaparecer después de la Conquista. Por principio, el humanismo, abierto a la comprensión de todo lo humano, tenía que acercarse a ella. Entre los primeros franciscanos, hubo varios que percibieron esta realidad y desde muy temprano se esforzaron por aprender la lengua y recoger lo que llamaron “antiguallas”, es decir, la historia y las creaciones culturales de los pueblos nahuas, los que en el momento del contacto llevaban las riendas del México antiguo. Molina conoció de cerca a dos de estos franciscanos, Motolinía y Olmos, a los que la Orden apoyó en sus tareas. Además, como colegial de Santa Cruz, convivió intensamente con los trilingües y con ellos aprendió del mundo clásico y del mesoamericano. El niño intérprete de una lengua se fue convirtiendo poco a poco en intérprete de una cultura, hasta llegar a lo más profundo de ella, compartiendo vivencias con sus compañeros. En suma, en Santa Cruz, Molina se formó como humanista de dos tradiciones culturales y de intérprete de la Orden llegó a ser intérprete del diálogo intercultural que se logró en el Colegio.

En realidad, el ambiente del Colegio se prestaba para logros como éste. No sólo fray Alonso, sino también otros colegiales resultaron tan aprovechados que no tardaron en llegar a ser lectores de gramática y autores de escritos en tres lenguas: latín, náhuatl y castellano. Algunos incluso fueron rectores del Colegio. Así lo recuerda fray Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de Nueva España*: “Pronto hubo entre ellos quienes leyesen y quienes al parecer fuesen hábiles para regir el Colegio, y dejáronlos que leyesen y se rigiesen ellos a sus solas”.<sup>38</sup>

Esto sucedía en los años que Gerónimo de Mendieta llamó “los tiempos dorados”, los años de gobierno del virrey Antonio de Mendoza (1492-1552) y de su sucesor Luis de Velasco, el viejo (1511-1564) (*Historia*, libro IV, cap. XV). Durante aquellos “tiempos dorados” se logró una colaboración intensa entre maestros y colegiales; los maes-

<sup>38</sup> Bernardino de Sahagún, “Relación del autor digna de ser notada”, en el libro VIII de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, 1989, v. 2.



tros aprendieron mexicano y los colegiales castellano y latín. El aprendizaje de una lengua, estructuralmente tan distinta del castellano, de labios de alumnos que eran latinistas, es un fenómeno quizá único en los procesos de adquisición del lenguaje. Discípulos y maestros pudieron crear un espacio de cultivo gramatical que facilitó la comprensión de la primera lengua no indoeuropea ni semítica, de estructura radicalmente diferente a ellas. Pero además, el aprendizaje se hizo en un contexto de comunicación directa, es decir, a través de lengua hablada, lo que facilitó una inmersión, además de lingüística, cultural. Por ello no es extraño que para 1550, en el *scriptorium* de Santa Cruz se recogieran textos de la tradición oral prehispánica nahua y se elaboraran códices con escritura mixta (pictográfica y alfabética), mapas, doctrinas cristianas y sermonarios en mexicano y hasta un herbario renacentista. Es decir, en Santa Cruz se logró un diálogo entre lenguas y un proceso singular de interculturación.<sup>39</sup>

Uno de esto trilingües aventajados fue el ya citado Hernando de Ribas, miembro de la nobleza de Tezcoco. Ribas entró pronto en el Colegio y a él siguió ligado toda su vida, compartiendo la mística de los fundadores. Molina era el franciscano más joven y probablemente ambos tomaron juntos clases de latinidad, mientras hablaban de la lengua mexicana y de sus secretos. Molina, según Mendieta, “hablaba y predicaba la lengua de los naturales con mucha suavidad y gracia particular”, mientras que Ribas era “muy gran latino y que con mucha facilidad traducía cualquier cosa de latín y de romance en la lengua mexicana”, según el ya citado fray Juan Baptista.<sup>40</sup>

Ribas permaneció muchos años en contacto con Santa Cruz con idas frecuentes a Tezcoco, quizá a cuidar de sus propiedades y a respirar el aire de su ciudad natal. En Santa Cruz colaboró con fray Alonso, con fray Juan de Gaona y, desde 1580, con fray Juan Baptista. Puede decirse que la ayuda prestada a estos tres franciscanos fue invaluable en el campo de la lexicografía, la filología y la traducción. A Molina, la amistad con Ribas le ayudó a penetrar en la palabra y lo abrió a las vivencias de una cultura.

<sup>39</sup> Una visión de conjunto del Colegio de Santa Cruz como centro de docencia y de investigación la ofrecen Ascensión y Miguel León-Portilla en “El Colegio Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco”, 1990, p. 37-64.

<sup>40</sup> Fray Juan Baptista, “Prologo”, en *Sermonario en lengua mexicana*, 1606.



### *Molina filólogo, lexicógrafo y gramático*

Dueño de dos lenguas, de dos culturas y de dos humanismos, fray Alonso estaba preparado para redactar trabajos en lengua náhuatl y sobre la lengua náhuatl. Su primera obra, fruto de juventud, fue una *Doctrina christiana breue traduzida en lengua mexicana* (1546). No se conserva ningún ejemplar impreso de ella pero sí dos fojas que contienen “Los sacramentos de la iglesia”, “Los peccados mortales”, “Los catorze artículos de la fee” y “Los dones del Spiritu Santo”.<sup>41</sup> La conocemos completa gracias a un traslado en español incluido en un documento del siglo XVI, traslado que García Icazbalceta incluyó en el *Códice franciscano* (1889).<sup>42</sup> Con esta *Doctrina*, Molina comenzó su tarea de escritor en la Orden apoyando la Evangelización y con ella sentó un modelo –era la primera en su género– en el que fray Alonso, al traducir las oraciones cristianas, se esforzó en acuñar nuevos vocablos en la lengua receptora. El reto no era fácil: ¿cómo expresar en un contexto cultural tan diferentes ideas del legado judeocristiano sin incurrir en error? Sólo un hablante como él, totalmente bilingüe, garantizaba una traducción de las cosas de la fe sin sospecha de inexactitud.<sup>43</sup> En realidad, esta doctrina breve, para incipientes, pervivió en otro texto de Molina publicado con el título de *Doctrina christiana* (1571). De ella tampoco se conserva ningún ejemplar, pero sabemos que se publicó, pues Molina, al final del *Arte de lengua mexicana y castellana*, alude a ella como “la doctrina christiana que en la dicha lengua mexicana traduximos los años passados y agora nuevamente la tornamos a imprimir con su romance” (Molina, *Arte*, 1571, f. 29r). En esta frase deja ver que era la primera doctrina, es decir la de 1546 con traducción al español.

Es posible que el texto de estas dos doctrinas breves, para incipientes, sea el mismo que volvió a publicarse con el nombre de *Doctrina christiana y cathecismo en lengua mexicana* en 1675, que cuenta con

<sup>41</sup> Estas dos fojas se guardan en la Hispanic Society y están reproducidas en Rosa María Fernández de Zamora, 2009, p. 57.

<sup>42</sup> El traslado procede de un *Informe de los franciscanos al visitador Juan de Ovando*, 1570, p. 30-54. El título es *Doctrina christiana breue traducida en lengua mexicana...* Vid. Ediciones de las obras de Molina.

<sup>43</sup> Sobre el tema de la adaptación de términos religiosos castellanos al náhuatl y la interferencia ligüística versan varios trabajos de Pilar Máynez entre los cuales recordaré “Los hispanismos en la “Doctrina cristiana” de Molina, 2004. Vid. Trabajos acerca de Molina y de su obra.

varias ediciones.<sup>44</sup> Pero hay que recordar que, poco antes de morir en 1578, Molina publicó una nueva muy ampliada, para proficientes, sólo en náhuatl, con el título de *Doctrina cristiana en lengua mexicana muy necessaria: en la qual se contienen todos los principales mysterios de nuestra sancta fee catolica*. Con razón Mendieta escribió que Molina escribió dos doctrinas, una mayor y otra menor.

Unos años después de publicar la *Doctrina breue*, fray Alonso terminó de redactar un reglamento en náhuatl para el funcionamiento de los hospitales franciscanos con el título de *Ordenanças para provechar los cofradias a los que an de seruir en el hospital* (1552) del cual quedan varios manuscritos. En ellas se exponen los deberes y obligaciones, tanto espirituales como físicos, de los que laboran para cuidar a otros. Hace algunas décadas, Josefina Muriel, en un análisis del contenido, destaca que las *Ordenanças* sirvieron de “patrón por el cual se rigieron gran parte de los hospitales indígenas que tuvieron los franciscanos.<sup>45</sup> Recientemente (2002) las copias que se encuentran en la Bancroft Library, Tulane University, y en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, han sido publicadas por Barry D. Sell, con paleografía de las tres y traducción del inglés de una de ellas, la que se guarda en la Bancroft Library. La edición va acompañada de un extenso estudio del propio Sell en el que se destaca el significado histórico de las cofradías y se ofrece un análisis filológico del manuscrito.<sup>46</sup>

En realidad, la Orden le encargó elaborar otras obras religiosas, de las cuales las más importantes son dos confesionarios, el *Confessionario mayor* y el *Confessionario breue*, ambos de 1565, reimpressos en 1569 y de nuevo en 1577 y 1578 respectivamente. Dispuestos en dos columnas, mexicana y castellana, abrieron camino en este género de libros y se consultaron mucho. El mayor contiene preguntas y respuestas de

<sup>44</sup> Se reimprimió cuatro veces en el siglo XVIII y una en el XIX. *Vid.* Ediciones de las obras de Molina. Cabe añadir que correspondió a los dominicos elaborar la primera doctrina para proficientes, la denominada *Doctrina cristiana en lengua española y mexicana: hecha por los religiosos de la Orden de Sancto Domingo*, en México, en casa de Juan Pablos, 1548.

<sup>45</sup> Para estudiar las *Ordenanças* se sirvió Josefina Muriel de una traducción preparada por Carlos Martínez Marín. *Apud* Miguel León-Portilla, “Estudio preliminar” al *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, 1971, p. XXVIII.

<sup>46</sup> El volumen incluye un prólogo de John Frederick Schwaller y estudios de Larissa Taylor y Asunción Lavrin, los cuales contribuyen a crear un amplio y documentado contexto histórico. Vale recordar que, además de estos tres manuscritos, se guarda una copia más de las *Ordenanças* en el convento franciscano de Zapopan, Jalisco.



las que se puede sacar mucha información para comprender la espiritualidad de los conversos y ambos son dignos de ser estudiados como portadores de nuevos vocablos en los que se plasma el modo de transculturación religiosa.<sup>47</sup>

El hecho de que su Orden le encargase elaborar el primer confesionario en una lengua vernácula de la Nueva España es muestra de nivel de inmersión lingüística que Molina había alcanzado en la lengua mexicana. La redacción de un confesionario en la década de 1560, es decir en los años del Concilio de Trento (1545-1563), requería una precisión hermenéutica casi sagrada para adaptar términos nahuas a la espiritualidad cristiana con nueva carga semántica, como lo hizo Molina.<sup>48</sup> Y no digamos el riesgo que se corría en el uso de nombres y tiempos verbales para preguntar y responder; para lograr la apertura de otra alma escuchando con precisión sin herir con las preguntas, pero sin dejar de preguntar; para abrir los resquicios del espíritu y graduar el valor del pecado en el confesando.

De fines de esta década de 1560 es su traducción al náhuatl del *Summario de las indulgencias concedidas a los cofrades del Sanctísimo Sacramento traducido en lengua mexicana... por mandado del muy yllustre y reuerendissimo señor don fray Alonso de Montufar arzobispo meritissimo de Mexico*, publicado en la ciudad de México. De esta obra sólo se conservan 7 fojas y parte de la portada. Debió ser impresa después de 1568, año en que apareció el *Summario* en español y antes del nombramiento de Pedro Moya de Contreras como arzobispo.<sup>49</sup> El “Prologo” está firmado por fray Bernardino de Sahagún y fray Alonso de Molina y ha

<sup>47</sup> Pilar Máynez ha tocado el tema de los términos españoles que Molina aceptó en algunos trabajos, “Los hispanismos en el *Confessionario mayor* de Molina: su incidencia y sus implicaciones”, México, 1996, p. 495-502, y “Un caso de interferencia lingüística en el *Confessionario mayor* de fray Alonso de Molina”, 2001.

<sup>48</sup> Sirva como ejemplo la palabra *neyolmelaualoni*, “instrumento para enderezar el corazón”, que Molina aceptó para confesión. La derivó de *neyolmelaualiztli*, acción de enderezar el corazón, que en la religión de los nahuas designaba la confesión que la persona hacía al final de su vida ante la diosa *Tlazoltéotl*. Vid. Hernández de León-Portilla, *Tepuztlahcuiloli...*, 1988, v. I, p. 31.

<sup>49</sup> Tal es la opinión de Ramón Zulaica Zárate en su obra *Los franciscanos y la imprenta en México en el siglo XVI*, 1939, p. 109. También la de Agustín Millares Carlo en la puesta al día que hizo de la *Bibliografía* de García Icazbalceta en 1954, p. 507, y la de Miguel León-Portilla en el citado “Estudio preliminar” al *Vocabulario* de Molina de 1571, p. XXXVI. El título de la obra en español es *Summario de las Indulgencias y perdones concedidas a los cofrades del Sanctissimo Sacramento visitando la iglesia donde esta instituyda la dicha cofradía*, en Mexico, en casa de Pedro Balli, 1568, 4 fojas en folio (incompleto).



sido traducido y publicado por quien esto escribe. Está redactado en forma reverencial y en él se refleja el deseo de expresar con términos nahuas conceptos del pensamiento cristiano que no tenían equivalentes léxicos en la lengua indígena, es decir, con neologismos.<sup>50</sup>

Como final de las tareas religiosas de Molina cabe hacer alusión aquí a dos obras más: la primera es la *Vida del bienaventurado sant Francisco*, publicada en México por Pedro Balli en 1577, de la cual hasta hace poco tiempo no se conocía ejemplar alguno. El único ejemplar existente fue descubierto por Luis Resines en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca. Escrita sólo en náhuatl, fray Alonso trasvasó en ella el texto de la *Leyenda Minor* elaborado por San Buenaventura. La segunda obra es el *Rosario o Psalterio de Nuestra Señora. Teocuitlaxochicozcatl inic tlapalo-lo in cemihca tlahtoca ichpuchtli Sancta Maria* (Collar de flores de oro con el que es saludada la siempre señora doncella Santa María), en México, en la imprenta de Diego Lopez Davalos, 1605. Es un folleto de 8 ff. r y v.

He dejado para el final la descripción de sus obras más emblemáticas, sus dos *Vocabularios*. En realidad, desde la década de 1540, Molina era ya un escritor en lengua mexicana y se lanzó a la empresa de redactar un vocabulario, paso fundamental para apropiarse de la lengua, partiendo, como hemos visto, de un corpus de textos escritos, inclusive algunos de su propia mano. Esto implicaba un conocimiento lingüístico muy profundo, tanto del náhuatl como del castellano, además de una técnica para reducir la lengua a reglas y poder representarla con palabras dentro de sistema de signos alfabéticos según un orden gráfico. Finalmente, en 1555 terminó el primer diccionario del Nuevo Mundo: *Aqui comienza un vocabulario en la lengua mexicana y castellana...* en México, en casa de Juan Pablos, 8 ff. de preliminares + 257 ff. r y v. El texto abre con un bello “Prologo al lector” en el que fray Alonso sustenta la necesidad que tienen los ministros de Cristo de aprender lenguas para predicar el Evangelio según el pensamiento de San Pablo, idea que retoma en el *Arte*: “quiero que todos vosotros habléis en diuersas lenguas aunque querria mas que profetizasedes” (2a. parte, f. 34v). Aduce también una razón trascendente: “la de alcanzar el lenguaje uno, principal medio para la contractacion humana”. Tras el “Prologo al lector”, Molina dispuso un conjunto de trece avisos en los que ofrece materia gramatical

<sup>50</sup> Está publicado en *Estudios de Cultura Náhuatl*, 1999, v. 29, p. 199-206. En el trabajo se identifican y describen 13 neologismos creados por Molina y relacionados con el campo semántico de las Indulgencias.



importante del mexicano y algunas reglas para usar el *Vocabulario*. En dos de los avisos, el tercero y el cuarto, fray Alonso justifica su método de lematizar el verbo: ante la ausencia de una forma propia para el infinitivo, elige la primera persona del presente de indicativo, si la tuvieren, y si no la tercera, la más absoluta del paradigma verbal. A ella añade los pronombres sujeto y objeto para dejar en claro la naturaleza de cada verbo. Más allá de la materia gramatical, este primer diccionario cuenta con 14 258 lemas, 178 más que el *Vocabulario de romance en latín de Nebrija*. El *Vocabulario* marca el comienzo de su etapa de madurez, aquella en que elaboró sus mejores obras como filólogo y lexicógrafo.

Una vez publicado, Molina siguió trabajando con vistas a una edición más amplia. Tenía razón, ya que su hermano de orden Maturino Gilberti (1498-1587) había publicado en 1558 un copioso *Vocabulario en lengua de Michoacan*, castellano-tarasco y tarasco-castellano, el primero bidimensional del Nuevo Mundo. Al fin, en 1571, fray Alonso publicó el libro deseado también bidireccional: *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, en México, en casa de Antonio de Spinosa, 4 ff. de preliminares + 121 ff. r y v. La segunda parte tiene su propia portada: *Vocabulario en lengua mexicana y castellana*, en México, en casa de Antonio de Spinosa, 1571, 1 f. de preliminares + 162 ff. r y v. En esta segunda edición conservó los avisos de la primera y añadió otro rasgo importante referente a los verbos: la forma del pretérito en cada uno de ellos, rasgo que hoy es clasificador de las variantes nahuas. En suma, esta segunda edición es verdaderamente copiosa: la primera parte contiene 17 600 lemas; la segunda, 23 440. En total 41 040 lemas; por eso se le llama *Vocabulario grande*.<sup>51</sup>

Para realizar esta doble y enorme tarea, Molina contó con un modelo, el *Dictionarium ex hispaniense in latinum sermonem* de Antonio de Nebrija, publicado en Salamanca hacia 1495 y conocido como *Vocabulario de romance en latín*. Como otras obras de Nebrija, este *Vocabulario* y otro anterior latino-español, Salamanca, 1492 (*Aelij Antonii Nebrissensis grammatici praefatio in interpretationem dictionum ex sermone latino in hispaniensem*), se difundieron rápidamente por Europa, con lo cual “la obra de Nebrija se convirtió en un verdadero patrón para la

<sup>51</sup> El conteo de los lemas de ambos *Vocabularios* lo presenté en el “Estudio introductorio” al disco compacto *Obras clásicas sobre la lengua náhuatl*, Madrid, Fundación Histórica Tavera, 1998. Para contar los lemas de Nebrija utilicé la edición del *Vocabulario de romance en latín*, Sevilla 1516, según edición de Gerard J. Macdonald, Madrid, Castalia, 1981.



lexicología europea”, afirma Fernández Sevilla.<sup>52</sup> Evidentemente, Molina tuvo a la mano el *Vocabulario de romance en latín*, del cual la biblioteca de Santa Cruz guardaba tres ejemplares, si bien no sabemos de qué ediciones eran, ya que en el siglo XVI hubo muchas.<sup>53</sup> Tradicionalmente se consideró que Molina siguió fielmente el orden de Nebrija, pero estudios recientes como el de Esther Hernández, destacan que fray Alonso introdujo novedades léxicas. Según esta autora, “Molina no sólo amoldó el acervo léxico de Nebrija a su propia realidad lingüística sino que también dio entrada, por vez primera, a cultismos precedidos por *ad-* latino”.<sup>54</sup>

Más allá de Nebrija, fray Alonso contó con la preciosa ayuda de Hernando de Ribas, el colegial que siempre estuvo ligado a Santa Cruz, como nos cuenta fray Juan Baptista en su *Sermonario* ya citado. Podemos imaginar que la ayuda de Ribas le proporcionó un manantial permanente de léxico contrastado y la posibilidad siempre abierta de tener lengua elicitada que facilitara la penetración estructural y semántica de la palabra.

Además de esta “lengua viva”, contó también Molina con un buen caudal de lengua textualizada, generada tanto en el propio ámbito académico de Santa Cruz como fuera de él. En el Colegio, para 1555, se había generado ya un buen corpus de textos nahuas con escritura alfabética: en la década de 1530, fray Andrés de Olmos recogió el primer repertorio de *huehuetlahtolli*, “la muy antigua palabra”, que se conservaba por tradición oral en forma de textos canónicos; en 1540 fray Bernardino de Sahagún redactó un *Sermonario* en náhuatl; el propio Molina publicó la primera *Doctrina christiana* en 1546; un año después, Sahagún recogió un segundo repertorio de *huehuetlahtolli* y, en 1553, el relato de la Conquista según los habitantes de Tlatelolco.<sup>55</sup> Aun más,

<sup>52</sup> *Apud* Hans-Josef Niederehe “Introducción: La lingüística española en el contexto internacional”, 2001, v. II, p. XIII.

<sup>53</sup> Son treinta las ediciones del *Vocabulario* hechas en el siglo XVI según la *Bibliografía nebrisenense* de Miguel Ángel Esparza Torres y Hans-Josef Niederehe, 1999, p. 298. Se considera que la hecha en Sevilla, en 1516, ampliada por Nebrija, es “la última palabra del autor sobre el asunto”. *Vid.* Gerard J. Macdonald, “Introducción” a la edición crítica del *Vocabulario de romance en latín* de Antonio de Nebrija, 1981.

<sup>54</sup> Esther Hernández, “El *Vocabulario* náhuatl de Molina frente al *Vocabulario* de Nebrija”, 2000, p. 6.

<sup>55</sup> Este relato de la Conquista recogido por Sahagún, pasó a ser el libro XII de la *Historia general de las cosas de Nueva España* cuando elaboró el *Códice florentino* entre 1575 y 1577.

hacia 1550, en el *scriptorium* de Santa Cruz se elaboraron mapas, códices y hasta un herbario renacentista.

Fuera de Santa Cruz, los escribanos formados en las escuelas conventuales generaban sus propios textos. Gracias a ellos tenemos la historia de la conquista en el *Manuscrito de 1528*; a partir de 1523, los *Censos del Marquesado*, en los que se registra el pleito de Hernán Cortés contra la Segunda Audiencia; de 1540 tenemos también códices como el de *Oxtotitpac* con escritura mixta, pictográfica y alfabética y las *Actas municipales de Tlaxcala* desde 1547. En este incipiente corpus se vislumbra la labor de frailes y alumnos, informantes y colegiales que redactaron documentos en los que se guarda la memoria histórica y el nacimiento del nuevo orden político-administrativo. En la segunda mitad del XVI y en los siglos siguientes, la tarea de escribir fue tal que se generó un mundo de papel escrito en tinta negra y lengua náhuatl.<sup>56</sup>

En suma, el *Vocabulario* de Molina surgió de la necesidad de evangelizar, de comunicarse y de traducir, y se sustentó en el conocimiento de la lengua hablada, elicitada y textualizada. Este triple sustento propició un saber lexicográfico que se refleja en el propio vocabulario, considerado un instrumento interlingüístico perdurable. El *Vocabulario grande* sigue siendo la herramienta primordial para encontrarse con la lengua náhuatl y sigue siendo fuente de reflexiones para los que se interesen por ella.

Así, Guillermo de Humboldt (1767-1835) y Johann Karl Buschmann (1805-1880), en 1829 se lanzaron a la tarea de elaborar un *Wörterbuch der Mexicanischen Sprache* en náhuatl, latín y alemán, tomando como base a Molina.<sup>57</sup> Años después, el también alemán Julius Platzmann hizo una edición que él llamó “facsimilaria” (1880), con tipos hechos a mano imitando la edición original. En las últimas décadas, son varios los autores que siguen atraídos por el significado de los *Vocabularios*. Recordaré entre ellos a Miguel León-Portilla, quien en su estudio citado, destaca el acierto de fray Alonso en el método de presentar los verbos, en el que se manifiesta el sistema de composición verbal con pronombres y partículas. Por su parte, Frances Karttunen afirma que los vocabularios

<sup>56</sup> El mundo de papel abarca otras lenguas mesoamericanas como otomí, zapoteco, mixteco, tarasco o purépecha y, desde luego, maya y quiché. Para la lengua náhuatl *vid.* Ascensión Hernández de León-Portilla, *Tepuztlahcuiloli...*

<sup>57</sup> Sobre este tema, *vid.* Manfred Ringmacher, “Molina leído por Humboldt y Buschmann,” 1997, p. 75-112.



de fray Alonso son el cimiento de las familias de diccionarios mesoamericanos. José Luis Suárez Roca señala que fray Alonso abrió camino en la lexicografía y Esther Hernández destaca que las novedades léxicas introducidas por fray Alonso son importantes, como ya se dijo. Manuel Galeote resalta la fuerte presencia de realidades americanas y considera a Molina figura cumbre del pensamiento lingüístico post-nebrisense.<sup>58</sup> Thomas Smith y Cristina Monzón en sendos estudios lexicográficos valoran el *Vocabulario* de Molina como un modelo dentro de la naciente lexicografía mesoamericana.

Para terminar destacaré un rasgo más de los *Vocabularios*: el elevado número de neologismos (1 045) presentes ya en el primero, el de 1555.<sup>59</sup> Sin ser lingüista, fray Alonso ideó varios mecanismos lexicográficos para trasvasar nombres de cosas y conceptos cuidando del purismo de la lengua. Pensó en beneficiar al máximo las posibilidades de una lengua que él califica en el “Prologo al lector” de “copiosa, elegante, y de tanto artificio y primor en sus metáforas y maneras de decir, cuanto conocieran los que en ella se exercitaren”. Pero en realidad, este esfuerzo por conservar el purismo, puede verse también como un testimonio elocuente de su proyecto lingüístico, el de preparar el futuro de la Nueva España como país hablante de dos lenguas, el castellano y el mexicano. Tal propósito encajaba en el espíritu indigenista que muy pronto se generó en su orden y que imprimió un sello definitivo en la evangelización.<sup>60</sup>

Finalmente, con este saber de filólogo y lexicógrafo Molina pudo elaborar una gramática, objeto de este estudio. Con esta obra logró dar forma a los tres puntales de la evangelización: doctrinas, vocabularios y gramáticas, “la trilogía catequística”, nombre acuñado por Thomas Smith para definir los frutos de la actividad de los misioneros en su tarea de

<sup>58</sup> He aquí los datos para localizar a estos autores en la bibliografía sobre Molina. Miguel León-Portilla, 1971; Frances Karttunen, 1988; José Luis Suárez Roca, 1992; Esther Hernández, 1996, 2000; Manuel Galeote, 2001; Thomas C. Smith Stark, 2007; Cristina Monzón, 2007.

<sup>59</sup> El conteo ha sido hecho por quien esto escribe sobre las entradas en español. Aunque ha sido hecho con mucho cuidado, posiblemente haya más. *Vid.* Hernández de León-Portilla, “Fray Alonso de Molina, lexicógrafo e indigenista”, 2001.

<sup>60</sup> Sobre este proyecto y la tarea lingüística de Molina citaré tres ensayos de esta autora: “Fray Alonso de Molina, lexicógrafo e indigenista”, 2001; “Fray Alonso de Molina y el proyecto indigenista de la Orden Seráfica”, 2008 y “Fray Alonso de Molina a los quinientos años de su nacimiento: algunos paradigmas lingüísticos y culturales (en prensa en el Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM).



cristianizar a los pueblos americanos.<sup>61</sup> En realidad, Molina traspasó los fines puramente religiosos y se interesó por la lengua y la cultura de los nuevos conversos hasta llegar al corazón de ella, la gramática en la que trazó sobre el papel el tejido que él escuchó hablando con los nahuas.

### *Consideraciones finales*

Conocemos bien la obra de Molina e inclusive conocemos un Molina a través de sus obras. De su infancia poco sabemos, como tampoco sabemos de la infancia de otros muchos franciscanos que llegaron en el siglo XVI. Tenemos, sin embargo, datos importantes sobre él transmitidos por sus hermanos de orden. El lugar de nacimiento ha llegado a ser un reto para sus biógrafos, una piedra de toque sobre la cual se han lanzado muchas hipótesis, la mayoría, ya vimos, inaceptables. Antes de lanzar otra nueva, quedémonos con Mendieta y sus hermanos y pensemos que para ellos, el origen de Molina estaba lejos; que era nahuahablante desde su infancia, intérprete de la Orden y de los Doce, otro Samuel entregado al templo; que dedicó su vida a la labor pastoral y que abrió caminos en la evangelización con sus doctrinas, confesionarios, vidas de santos, y, sobre todo, con sus dos vocabularios y su gramática. Murió lleno de venerable vejez y si se perdió la memoria del lugar de su nacimiento fue porque en realidad, se hizo hijo de la tierra y fue considerado el primer franciscano mexicano. Pensemos, con fray Juan Baptista y con García Icazbalceta, que llevó el peso del día y el calor *-pondus diei et aestus-* trabajando incansablemente para elaborar modelos de libros de evangelización y para beneficiar su conocimiento de la lengua en grandes tratados como los vocabularios y la gramática. Fue el autor que más obras imprimió en el siglo XVI. Además de escribir, predicó durante cincuenta años aprovechando “la gracia y talento que nuestro señor me ha comunicado”, según dice él mismo en la *Epístola Nuncvatoria* de su *Vocabulario* de 1571. Podemos terminar, glosando a Mendieta, diciendo que “fue único en saber bien la lengua de los mexicanos” y que “escribió también en la misma lengua muchas cosas muy bien escritas”, una de las cuales es el objeto principal de este estudio: el *Arte de la lengua mexicana y castellana*.

<sup>61</sup> Thomas Smith Stark, “La trilogía catequística”, 2010, p. 451.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS